

es ese extranjero? añadió: ¿que viene á hacer aquí? Retiraos al instante, y aguardadme en la galería.

— Me es imposible complacer á V. R. en este momento; milord acaba de llamarme, respondió Macraw levantando la voz de modo que pudiesen oírle desde el aposento inmediato, convencido de que el fraile no se atrevería á insistir, con solo el rezelo de que el conde pudiese enterarse de lo que pasaba.

En este instante sonó por segunda vez la campanilla, y, por el ruido que hizo, pudo adivinarse que se habia tirado el cordon con un movimiento de impaciencia. El limosnero, juzgando ya que era inútil reclamar la obediencia, salió de la antecámara levantando la mano ácia Macraw en ademan de amenaza.

— ¿Que tal? ¿no te lo dije yo? añadió el criado al mendigo; y al mismo tiempo abrió la puerta junto á la cual encontraron al religioso.



CAPITULO XXVIII.

- « Este anillo que contiene
- » Una fuerza superior
- » Me recuerda mil escenas
- » Que oprimen mi corazon;
- » Escenas de horror y luto
- » Como de placer y amor. »

(EL FATAL MATRIMONIO.)

TODAS las antiguas etiquetas que exigia el riguroso luto se observaban escrupulosamente en el castillo de Glenallan, á pesar de la dureza de corazon con que los individuos de esta familia, segun la voz pública, negaban á sus parientes, despues de su muerte, el tributo ordinario de lágrimas y suspiros. Notóse que cuando la condesa recibió la carta fatal que le participaba la muerte de su hijo menor, del hijo que mas amaba, como se habia creído por espacio de mucho tiempo, su mano no le llegó á temblar, y sus ojos no diéron muestras de la menor alteracion, como si se hubiese tratado de otros objetos triviales é indiferentes. Solo Dios puede saber si el esfuerzo que debió hacer sobre sí misma para sacrificar á su orgullo toda demostracion del

dolor materno, contribuyó poderosamente á acelerar su muerte. Supusose á lo menos generalmente que el ataque de apoplejía que terminó su existencia tan poco tiempo despues, era una venganza de la naturaleza ultrajada por la supresion de los sentimientos que inspira. Pero aunque lady Glenallan hubiese procurado desterrar de su exterior toda demostracion de amargura, no omitió desplegar en el castillo todo el aparato del luto, especialmente en los aposentos que ocupaban ella y su hijo.

El conde de Glenallan se hallaba pues en una cámara enteramente cubierta de paño negro que se desprendia del techo en largos pliegues. Un gran biombo, entoldado tambien con una estofa negra, y colocado en frente de la ventana, interceptaba en parte la luz del dia que lograba abrirse paso por entre los vidrios en que un artista del siglo décimo cuarto habia pintado un paisaje sacado de las lamentaciones del profeta Jeremías. En la mesa junto á la cual estaba sentado el conde, ardian dos lámparas de plata cinceladas, que esparcian aquella claridad triste é incierta que resulta de la mezcla de las luces natural y artificial. Habia encima de la mesa un crucifijo de plata, y dos libros con cubiertas de pergamino, cerrados con manecillas. El solo adorno de este

aposeno era un cuadro soberbio del Españolet, representando el martirio de San Esteban. El dueño de este lúgubre aposento era un hombre de mediana edad, pero tan cascado por las dolencias del alma y del cuerpo, tan flaco, tan débil, que parecia una sombra. Levantóse precipitadamente para recibir al que llegaba, y este esfuerzo fué casi superior á sus fuerzas. Cuando se halláron los dos en medio de la sala, el contraste que ofrecian era muy marcado. El buen color del rostro, el paso firme, el cuerpo derecho del viejo mendigo, indicaban la paciencia y la satisfaccion en el último término de la vida humana y en la clase mas baja de la sociedad; al paso que los ojos hundidos, las pálidas mejillas y las piernas vacilantes del noble lord probaban que ni la dignidad, ni la fortuna, ni aun las ventajas de la fuerza de la edad, pueden proporcionar lo que procura la tranquilidad del alma y el vigor del cuerpo.

El conde mandó á Macraw que se retirase á la galería, y que no permitiese entrar á nadie en la antecámara ántes de haber él llamado. Aguardó en seguida con cierta impaciencia que hubiese oido cerrar sucesivamente la puerta del aposento en que estaba, y la que conducia de la antecámara á la galería. Cierta entónces de que nadie podia oirle, lord Gle-

nallan se acercó á Ochiltrie, á quien tomó sin duda por un individuo de alguna órden religiosa disfrazado, y le dijo con precipitacion, pero balbuciendo: — En nombre de lo que nuestra religion tiene de mas sagrado, decidme, reverendo padre, ¿ que debo aguardar de una visita precedida por el envió de un objeto ligado con tan horribles recuerdos?

El anciano, admirado de una acogida tan diferente de la que contaba recibir de un caballero altivo y orgulloso, no sabia que responderle, ni por donde empezar para desengañarle.

— Decidme, continuó el conde con una agitacion que aumentaba á cada instante, decidme si venis á manifestarme que todo lo que he hecho hasta ahora es insuficiente para expiar aquel horrible crimen. ¿ Quereis acaso imponerme nuevas penitencias, mas severas, mas eficaces? no me negaré á ninguna, padre mio. Mas quiero que mi cuerpo sufra ahora en expiacion de tan gran delito, que esponer mi alma á los castigos eternos en el otro mundo.

Edie tuvo bastante presencia de ánimo para observar que si no se daba prisa en interrumpir á lord Glenallan en las ilusiones de su arrepentimiento, corria riesgo de pasar á ser el confidente de secretos de que, por miras

de su propia seguridad, no le gustaba mucho estar informado. Apresuróse pues en esclamar con trémula voz: — Vuecelencia se engaña, profeso otra religion. No soy mas, con perdon se ha dicho, que el pobre Edie Ochiltrie, mendigo del rey y de vuecelencia.

Acompañó esta esplicacion con una cortesía respetuosa á su modo, es decir inclinandose profundamente; despues de lo cual enderezandose con toda la ventaja que le daba su alta talla, apoyóse en su baston, y echando ácia atras sus largas canas, fijó sus ojos en el conde como si aguardase la respuesta.

— ¿ Con que no sois vos un sacerdote católico? dijo lord Glenallan despues de un instante de silencio ocasionado por la sorpresa.

— ¡ No lo permita el cielo! exclamó Edie, á quien su turbacion hizo olvidar la persona con quien hablaba; no soy mas que un mendigo del rey y de vuecelencia, como he dicho ya.

El conde se separó, dió dos ó tres vueltas por el aposento, como para corregir los efectos de su equivocacion. Acercóse en seguida al mendigo, y preguntóle con severo é imponente tono como se habia atrevido á presentarse delante de él, y por que casualidad estaba en posesion del anillo que habia tenido por conveniente enviarle.

No carecia Edie de cierta osadía, y se halló menos embarazado para responder á este interrogatorio, de lo que se habia mostrado ántes por el tono confidencial con que habia empezado el conde aquella conversacion, y respondió con firmeza: — Me ha sido entregado por una persona que vuecelencia debe conocer mejor que yo.

— ¿Que debo conocer mejor que vos? dijo lord Glenallan; ¿que pretendéis decir con esto? Explicaos inmediatamente, ú os haré arrepentir de haberos introducido de este modo en el seno de una familia sumergida en la afliccion.

— La vieja Elspeth Mucklebackit es la que me ha encargado de entregarselo á vuecelencia, milord, y de decirle al mismo tiempo....

— Anciano, vos chocheais; este nombre me es enteramente desconocido, pero este funesto anillo me trae á la memoria....

— Ahora me acuerdo, milord, que me ha dicho que vuecelencia la conoceria mejor con el nombre de Elspeth de Craighburnsfoot, nombre que llevaba cuando residia en los dominios de vuecelencia, es decir de su respetable madre, ¡que en paz descanse!

— Sí, dijo el conde arqueando las cejas, en tanto que su rostro tomaba aun un color mas cadavérico; es verdad que este nombre está escrito en la mas triste página de una lamen-

table historia. ¿Luego vive todavía? ¿que pretende de mí?

— Desea ver á vuecelencia, milord, ántes de morir. Quiere comunicarle alguna cosa que oprime su conciencia, y dice que no puede morir en paz sin lograr ántes esta satisfaccion.

— ¡Sin haberme visto!..... ¿Que significa esto? La edad y las enfermedades perturban su razon. Habrá cosa de un año que fuí á su cabaña á verla, porque me habian asegurado que vivia en la indigencia; pero ni siquiera conoció mi voz.

— Si vuecelencia me lo permitia, dijo el mendigo á quien la duracion de la conferencia empezaba ya á soltar la lengua y á volverle su natural despejo, me atreveria á decir, salvo el superior discernimiento de vuecelencia, que la vieja Elspeth se parece á uno de aquellos antiguos castillos arruinados que se ven en nuestras montañas. Hay en su entendimiento ciertos puntos que se arruinan; pero hay otros al parecer mucho mas fuertes y sólidos, porque se elevan en medio de los escombros que les dan nueva consistencia. Es una muger estraña é incomprensible.

— Siempre lo ha sido, dijo el conde, respondiendo como por distraccion á las observaciones del mendigo; siempre ha sido diferente de las demas mugeres. Por su genio y

su modo de pensar, nadie acaso se parecia mas á la que ya no existe. ¿Con que ella solicita verme?

— Antes de morir, respondió Edie, desea vivamente tener esta satisfaccion.

— No será por cierto una satisfaccion ni para ella ni para mí, dijo el conde con cierta melancolía, sin embargo quiero complacerla. ¿Vive, si no me engaño, á la orilla del mar, al sud de Fairport?

— Entre Monkbarns y el castillo de Knockwinnock, pero mucho mas cerca de Monkbarns. Vuecelencia conocerá sin duda al laird de Monkbarns y á sir Arthur.

Lord Glenallan no respondió á esta pregunta sino fijando los ojos en el mendigo como si no le hubiese comprendido. Edie conoció que estaba pensando en otra cosa, y no se atrevió á repetir una pregunta que tan poca relacion tenia con el objeto de que se trataba.

— ¿Sois católico, anciano? preguntó el conde.

— No, milord, respondió Edie sin vacilar, pues el recuerdo de la distribucion desigual de limosnas en la puerta del castillo le inspiró valor; gracias al cielo, soy buen protestante.

— Aquel á quien su conciencia permite honrarse con el título de *bueno* tiene derecho verdaderamente á dar gracias al cielo, sea cual

fuere su creencia religiosa. Pero ¿donde encontrar este ser privilegiado?

— No soy yo, por cierto, escelentísimo señor; á lo menos nadie podrá acusarme del pecado de presuncion.

— ¿Y que érais vos en vuestra juventud?

— Soldado, milord. Trabajé cuanto pude para lograr algun ascenso; debieran á lo menos haberme hecho sargento, pero....

— ¿Soldado! ¿luego habeis matado, robado, saqueado, incendiado?

— No me atreveré á decir que he valido mas que los otros: la guerra es un maldito oficio; no parece agradable sino á los que no le conocen.

— Y ahora sois viejo y miserable, obteniendo de una caridad precaria el alimento que cuando jóven arrancábais al pobre aldeano.

— Soy un mendigo, milord, no puedo negarlo, pero no tan enteramente desgraciado como vuecelencia se imagina. En cuanto á mis pecados, el cielo me ha hecho la gracia de arrepentirme de ellos; y el que tuvo la bondad de encargarse de su peso puede sobrellevarle mejor que yo. Por lo que hace á mi sustento, nadie niega á un anciano un pedazo de pan y algo con que apagar la sed. Por fin, escelentísimo señor, vivo como puedo, y estoy pronto á morir cuando sea preciso.

— Asi, pues, ¿á pesar de no hallar en lo pasado mas que poquisimos recuerdos agradables ó honrosos, y de ofrecer os lo futuro una perspectiva todavía menos halagüeña, tolerais tranquilamente la existencia? Retiraos, buen hombre; y á pesar de vuestra edad, de vuestra pobreza, de vuestros sufrimientos, no envidieis la suerte al señor de un castillo como este, ni cuando vela, ni cuando descansa. He aquí alguna cosa para vos.

El conde puso en la mano del anciano cinco ó seis guineas. Este acaso hubiera tenido escrúpulo, como otras veces, en aceptar un don tan cuantioso; pero el tono del conde era demasiado absoluto, su aspecto muy severo, para que se atreviese á tomarse la libertad de una observacion.

Lord Glenallan tocó la campanilla, y Macraw compareció al momento.

— Acompaña á este anciano hasta la puerta del castillo, y procura que nadie le haga preguntas. Vos, retiraos, y olvidad el camino que conduce á mi casa.

— Esto será bastante difícil, dijo Edie mirando el dinero que tenia aun en la mano; V. E. me ha suministrado medios poderosísimos para tenerlo siempre presente.

Lord Glenallan le echó una mirada que parecia decirle que era mucha su audacia de atre-

verse á replicarle; y despues de haberle reiterado con un gesto la orden de partir, el viejo mendigo obedeció inmediatamente.

